

Joan Bosch.

Fotografías de América Latina. Barcelona.

Ed. Vilatana, 2007, 89 páginas.

Antes de la invención de la fotografía los viajeros europeos que, en el siglo XIX, recorrieron América Latina dejaron su huella testimonial en la palabra y en el dibujo artístico. El francés Paul Marcoy es la evidencia más visible de esta manifestación. Sus dibujos, entre realistas y alucinantes, delinean con minucioso goce estético los cuadros humanos, los paisajes exuberantes y el clima social de nuestro continente —particularmente del Perú— trabajo suyo que se articuló con su copiosa documentación escrita.

La cámara fotográfica acudirá después, con mucha ventaja, en ayuda de los nuevos viajeros. Su atributo de hacer perenne lo fugaz funda un nuevo código de captación de la realidad. Juan Bosch es, dado el caso, uno de los más recientes beneficiarios de esta tecnología, puesto que su vena artística halla en la fotografía su más cabal instrumento expresivo. Muestra de ello es su libro *Fotografías de América Latina*, donde los efímeros instantes de la realidad visitada se plasman en sintonía con la ética del viajero ilustrado, con su sensibilidad atenta a las secretas vibraciones de sus retratados.

Bueno, ¿y quiénes son esos *retratados* suyos? Son gentes llenas de vida que transcurren su temporalidad en el ejercicio natural de su cultura, gentes de América Latina capturadas por el flash a fin de que sus rostros, movimientos, e indumentarias, trasciendan lo fortuito hasta constituirse en presente continuo. El observador acucioso encontrará en esas imágenes toda una diversidad de saberes y tradiciones que, a su vez, vienen de largos procesos de mestizajes y encuentros culturales, los que, a la larga, han cristalizado en pueblos llenos de vitalidad y dignidad colectivas.

La mirada del artista focaliza el evento humano con la imparcialidad del testigo ocasional, pero no por eso deja de ser un etnógrafo de la imagen. El componente indígena le da un carácter de especificidad cultural a las escenas fotografiadas. Lo transitorio del júbilo popular y de la danza festiva contrasta con la estampa colosal de los muros incas de Saqsaywaman. La magia está allí, en el hombre, en su comunión con lo sagrado y lo mundano, ocasión propicia para que el artista instale su ojo zahorí en la línea precisa que convoca al color y la opacidad, a la animación y el sosiego, a la rutina y la celebración.

También como el dibujante francés, Joan Bosch es escritor, observador del alma singular de los pueblos, además de infatigable animador del quehacer cultural de muchos de los países visitados y, como tal, toma partido por la dignidad social de sus gentes y aprecia sus múltiples identidades y pertenencias. Por eso que al registrar la emoción, el entusiasmo y la cotidianeidad de los retratados, sus imágenes parecieran tener una voz y un mensaje de acercamiento a esas colectividades. De ahí que dicha muestra fotográfica nos invita, también, a revisar nuestra noción acerca de los valores que sustentan la convivencia intercultural.

(Enrique Rosas Paravicino)

